CUADRANTE

Relacións de Valle-Inclán coa Junta para ampliación de Estudios

Luces recobradas en la muerte de un intelectual de avanzada

De damas y frailes

El mar y los barcos en la obra de Valle-Inclán

Textos recuperados

Nº 7

Amigos

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

CUADRANTE

Revista cultural da
"Asociación Amigos de Valle-Inclán"

RELACIÓNS DE VALLE-INCLÁN COA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

LUCES RECOBRADAS EN LA MUERTE DE UN INTELECTUAL DE AVANZADA

DE DAMAS Y FRAILES

EL MAR Y LOS BARCOS EN LA OBRA DE VALLE-INCLÁN

TEXTOS RECUPERADOS

Amigos Valle-Inclán
Vilanova de Arousa

CUADRANTE

PRAZA VELLA, 9
VILANOVA DE AROUSA.
APARTADO DE CORREOS Nº 66
Xullo 2003

Director:
Gonzalo Allegue

Subdirector:
Francisco X. Charlín Pérez

Consello de Redacción:
Xosé Luis Axeitos
Víctor Viana
Ramón Martínez Paz
Xaquín Núñez Sabarís
Xosé Lois Vila Fariña
Ramón Torrado

Xestión e administración:
Pablo Ventoso Padín
Ángel Varela Señoráns

Ilustracións:
Eugenio de la Iglesia *(Encabezamento de capítulos)*

Fotografías:
Nieves Loperena

Imprime:
Gráficas Salnés, S.L.

Dep. Legal: PO-4/2000

I.S.B.N.: 84-87709-99-0

Cuadrante non manterá correspondencia sobre orixinais recibidos e non solicitados.
A responsabilidade das opinións verquidas pertence exclusivamente ós autores o mesmo que o respeto á propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera acción xudicial no caso de producirse plaxio.

SUMARIO:

Xoán Guitián / Ricardo Gurriarán
Relacións de Valle-Inclán coa Junta para ampliación de Estudios *e as súas institucións. Algúns documentos...* ..... pax. 5

Antonio Espejo Trenas
Luces recobradas en la muerte de un intelectual de avanzada ..... pax. 15

Gonzalo Allegue
De damas y frailes ..... pax. 29

Jesus Blanco
El mar y los barcos en la obra de Valle-Inclán ..... pax. 49

TEXTOS RECUPERADOS.
Murguía
Un desconocido ..... pax. 73

LUCES RECOBRADAS EN LA MUERTE DE UN INTELECTUAL DE AVANZADA

Antonio Espejo

Las gentes temen hablar de la muerte, y son como los niños asustados de los fantasmas, que de noche, en la cama, se tapan la cabeza con las cobijas.[1]

Las palabras que sirven de pórtico a este trabajo fueron escritas hace más de ochenta años. Ahora que Galicia contempla nuevamente las banderas tricolores, portadas por una juventud sedienta de futuro. Ahora que el ánimo de justicia de los ciudadanos salta a la calle ante la inhumanidad de la guerra, frente al caciquismo mefítico de los que gobiernan de espaldas al pueblo, al modo de sacristanes en misa de latines. Ahora que despiertan tantas cosas, aquellos diálogos grotescos de Ramón del Valle-Inclán actualizan una crónica lacerante de la infamia social que perdura en nuestros días.

No se trata tan sólo de la irradiación testimonial del procedimiento literario inherente al esperpento. Cualquier lector que se aproxime con mínima atención al estudio de la biografía del maestro gallego descubrirá abundantes muestras de un declarado compromiso con la realidad de su tiempo. Los últimos años de Valle-Inclán bastan para equipararlo a toda una nómina de autores que, en la línea del arte de avanzada que sobreviene con la llegada de la Segunda República, apuestan por la fraterna alianza de literatura y revolución. Los Arconada, Sender, Alberti, Prados y Cernuda tienen en él un claro nexo con los escritores más señeros del fin de siglo.

> En España, a partir de octubre de 1934, y en el clima de represión implantado por las derechas en el poder, se impone la necesidad de un frente común de los escritores de izquierda. Junto a la actividad creadora, aquellos intelectuales desarrollan una intensa actividad militante, organizan actos y manifestaciones y firman peticiones contra la corrupción y la represión gubernamental, la amenaza fascista en el país y en el extranjero y en defensa de la libertad y la dignidad humana. Los nombres de Valle-Inclán, Machado, Unamuno, Juan Ramón, Baroja y Azorín figuran, junto a los de las nuevas generaciones, en muchos de aquellos escritos: de protesta con motivo del documento de los 546 prisioneros de Oviedo, contra la sentencia dictada por los tribunales a los asesinos de Luis Sirval, contra la pena de muerte, contra la invasión fascista de Etiopía, pidiendo una investigación a fondo sobre el estraperlo, por la libertad de Thaelmahn [sic], Luis Prestes y Gramsci[2].

[1] «Carta a Miguel de Unamuno de 14 de febrero de 1916». *Cit*. por *Valle-Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*. Juan Antonio Hormigón. Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, p. 534.

[2] *La marcha al pueblo en las letras españolas* (1917-1936). Víctor Fuentes. Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, pp. 59 a 60. Para la participación del escritor en la

Nada nuevo en esas horas para don Ramón. Antes había sido la lucha del hombre público contra la herencia del espadón decimonónico que representaba el directorio primorriverista, la adhesión a la intelectualidad occidental en la oposición a la barbarie de la guerra, del imperialismo[3] y, sobre todo, la creación de una obra de amplias reminiscencias éticas. No es azaroso que el proceso devenga en los albores de la República Española, justificada por el apoyo democrático de las aspiraciones generales del pueblo. Luego, la felonía de una facción de la milicia, punta de lanza del capitalismo y del caciquismo intransigentes, enemigos del signo de la historia. En plena guerra, las reflexiones de Antonio Machado contienen la admiración del amigo, del compañero añorado en la trinchera de la razón.

> Don Ramón, a pesar de su fantástico marquesado de Bradomín, estaría hoy con nosotros, con cuantos sentimos y abrazamos la causa del pueblo. Sería muy difícil, ciertamente, que encontrase un partido del cual pudiera ser militante ortodoxo o que coincidiese exactamente con su ideario político. Pero, ante la invasión de España por el extranjero y la traición de casa, habría renacido en Don Ramón el capitán de nobles causas que llevaba dentro, y muchas de sus hazañas soñadas se hubieran convertido en realidades.
>
> Los capitanes de nuestros días no tendrían ni amigo más sincero ni admirador más entusiasta que don Ramón María del Valle Inclán [sic] y Montenegro[4].

Recurramos al género de la ucronía. Cabe preguntarse, entonces, por el destino del artista en América más allá de 1939, en el México querido de Lázaro Cárdenas, abocado a un destierro cruel, al lado de tantos otros, gracias al triunfo del fascismo ibérico. Tras la muerte de Valle-Inclán, empero, la crónica de su vida y obra se ha escrito en márgenes erráticos, lugares donde la verdad ha quedado ensombrecida por el adocenamiento del compromiso humano a la fuerza de la brutalidad franquista.

> Este país ingrato no sabe nada de convivencias, de respetos mutuos, de equilibrio. Este país sabe de rencores, de odios enconados, de acorralamientos, de noches de soledad, de torturas inefables. Este país conoce de memoria la mediocridad en el poder y la perenne clandestinidad de la inteligencia. Este país ha sido duro hasta la frustración, hasta la esterilidad de sus mejores hombres y ha dejado sueltas manadas de enemigos que asolaban nuestros campos (...).
>
> De aquel hombre acosado (Valle-Inclán) ya no queda nada. Se habla sólo de sus bellas palabras, pero se oculta con cuidado a costa de qué fueron escritas. Nadie enumera a su [sic] verdugos. Nadie cuenta sus días absortos, sus noches huidas, sus heridas cruentas o secas, su oscura mazmorra vital. Ya sólo ven sus estatuas, los

———

crítica del presidio del político alemán Ernst Thaelmann en las cárceles nazis, vid. *Valle-Inclán, antifascista*. Manuel Aznar Soler. Sant Cugat del Vallès, Cop d'Idees – TIV, 1992. El epistolario mantenido con Miguel de Unamuno ilumina su lucha contra la pena de muerte y las condenas provocadas por el aniquilamiento de la Revolución de Octubre (Juan Antonio Hormigón, *op.cit*., p. 538).

[3] «Había recibido en 1932 una invitación personal de Henri Barbusse para asistir en París al Congreso Mundial contra la Guerra, lo que demuestra su prestigio internacional y su compromiso con los valores pacifistas» («Estética, ideología y política en Valle-Inclán». Manuel Aznar Soler, en *Ramón del Valle-Inclán. Un proyecto estético: modernismo y esperpento*. Manuel Aznar Soler, coord. Barcelona: Anthropos, 1994, p. 30).

[4] «Prólogo» a *La corte de los milagros. El ruedo ibérico*. Ramón del Valle-Inclán. Barcelona, Nuestro Pueblo, 1938, p. 12.

estudios y el sueldo fijo de los doctos, a costa de quien nunca supo qué le deparaba el día siguiente[5].

En este sentido, la inmediata fortuna de Valle es afín a la de los escritores de la España libre, proscritos por la cultura oficial. El sutil ministerio de tinieblas de los hombres fuertes de la dictadura explica el análisis político de miembros del exilio republicano como Corpus Barga.

> Si los franquistas fuesen tan tontos como suele decirse, tendríamos que reconocer que nosotros (nuestras organizaciones, nuestros partidos, nuestro personal político) lo somos aún más, porque no podemos con ellos a pesar de que se ha hundido en el mundo lo que ellos defendían y era su razón de ser. No, no son tan tontos. Al contrario, lo que llamaría la atención, olvidando la historia de España, es que hayan surgido junto a Franco gentes preparadas y hábiles para defender lo absurdo como lo están defendiendo y lo defenderán hasta la última posibilidad que les den las tonterías de las democracias europeas, cegadas por la obsesión de sus intereses.
>
> En otras épocas, los españoles han defendido lo absurdo con aciertos reconocidos, con genio. Rastros de esta cualidad se hallan en los españoles de hoy, no sólo en los que siguen a Franco, también en los que están con la República. Claro que la España franquista, trágica en el interior, aparece grotesca ante el mundo actual. Su régimen político resulta una caricatura, no ya del absolutismo de Felipe II, sino de su verdadero modelo: la tiranía de Hitler[6].

La tarea de esos defensores de lo absurdo genera una profunda tergiversación que distorsiona la recepción natural de los trabajos y los días de don Ramón en los años posteriores a su muerte. En ello, juega un papel destacado el empeño de los herederos del escritor por acomodar lo valleinclaniano a la imaginería cultural franquista. Si el esfuerzo de los críticos nacionales se descalifica por la abyección en el enmascaramiento de un carácter histórico legítimo, claramente definible, la actitud de Carlos del Valle-Inclán no deja de resultar sorprendente, sobre todo cuando llega a suscribir argumentos disímiles en vida del genial gallego. Los que iban a ser años de memoria y de reconocimiento se tornaron, así, en época de mixtificación.

> Probablemente se debe a esta última dificultad (el aire radical de la obra valleinclaniana) el que se prestara una gran atención a Valle-Inclán en la prensa literaria, ya desde los primeros años cuarenta; a esa dificultad, y a la nada desdeñable labor que realizan, desde posiciones ideológicas próximas a las oficiales, tanto la viuda del escritor, Josefina Blanco, como su hijo, Carlos del Valle-Inclán; ambos se hallan constantemente presentes en la remodelación de la imagen valleinclaniana, tanto en su labor como editores de la obra del escritor como en las semblanzas que de él hacen en diversas entrevistas y, finalmente aunque no con menor importancia, en la concienzuda filtración de cuanta documentación privada atañía a Valle-Inclán[7].

———

[5] *Ramón del Valle-Inclán. La política, la cultura, el realismo y el pueblo*. Juan Antonio Hormigón. Barcelona, Comunicación, 1972, pp. 392. El paréntesis es nuestro.

[6] «Por las nuevas generaciones españolas. Llamamiento a los españoles de las Américas». Corpus Barga, en *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles*. París, XX, 1946, p. 4. La amistad del periodista madrileño con el poeta gallego se refleja en el trabajo *Valle-Inclán en Cambados* de Víctor Viana (*Cuadrante*. Vilanova de Arousa, II, 2001, pp. 42 a 43). Fue, al tiempo, uno de los compañeros de viaje en su visita al frente francés en la Primera Guerra Mundial, que devendría en la creación de *La media noche*.

[7] «El tirano ante el espejo: la imagen de Valle-Inclán en los primeros años del franquismo». Juan Rodríguez, en

«Mis libros, en ediciones económicas, se venderán por millares»[8], declaraba don Ramón en el prólogo al último de los volúmenes que alumbra la imprenta con anterioridad a su fallecimiento. El primogénito, por el contrario, vulnera la apuesta del padre a favor de una recepción universal de su literatura e implanta una canonización perversa bajo la forma de lujosos volúmenes, inaccesibles para el pueblo empobrecido y exhausto que intenta superar el marasmo de la guerra. Es el efímero triunfo de la devastación fascista sobre la ansiada democratización del conocimiento. Aisladamente, los secretarios del concilio nacionalcatolicista reconocerán la singular empresa, como ocurre con Joaquín de Entrambasaguas («La reciente aparición de las obras completas de don Ramón del Valle-Inclán, en edición cuidadísima por cierto, ha sido el motivo de que escriba estas páginas»[9]).

No se detiene ahí el impulso adulterador. Con todo, el apoyo de Valle-Inclán al movimiento sociopolítico que acometería el proyecto del Frente Popular resultaba muy peligroso en la recreación y depuración del sistema cultural en la España tolerada. Una presunta militancia constante del escritor en el carlismo superaba tal obstáculo y confería rango de nobleza al propio linaje. Incluso, el esperpento queda razonado, con error, en cuanto poética reaccionaria más que como discurso estético del activismo valleinclaniano.

> Y luego de ensalzar al Pretendiente, al Rey Legítimo, viene el poner en evidencia la otra Rama, ridiculizarla, llevarla a la literatura como Goya a sus lienzos. Es ya otra época de Valle-Inclán. «El ruedo ibérico» no quiso ser más que la continuación de «La guerra carlista», y si este deseo no se hizo claro para todos, fue porque la muerte cogió a su autor cuando más joven y más fresco tenía el estilo.
>
> Retratos de la familia carlista, cartas de Don Jaime y la más alta condecoración de su Causa, la Cruz de la Legitimidad Pospuesta, que en tiempos de la República y en diplomático banquete lució sobre el frac impecable Don Ramón María del Valle-Inclán, esperan a un museo que llevara su nombre, para dar fe de su devoción al carlismo y de la admiración que guardó hacia el «Gran Rey», por el que, de verdad, hubiera querido perder un brazo al pasar un río, llevando en un pliego lacrado sus órdenes, espuelas de plata picando el caballo, y la enseña del Cuartel Real mecida en un viento de gesta[10].

Abruma la constancia con la que se quiere desprestigiar las jornadas republicanas en la biografía de Valle-Inclán. Se recurre al anecdotario apócrifo, a la construcción de una máscara ficticia. Además,

———

Cuadernos Interdisciplinarios de Estudios Literarios. Amsterdam, VI-I, 1995, pp. 27 a 28. El paréntesis es nuestro. Vid. la nota 31.

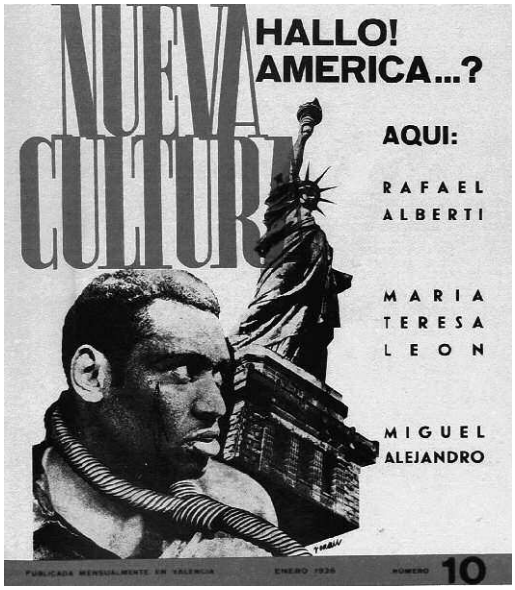
8 «El porqué de este libro». Juan B. Bergua, en *Flores de almendro*. Madrid, Bergua, 1936, p. 10.

9 «Leyendo a Valle-Inclán (Notas al margen)», en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*. Madrid, XVIII, 1946, p. 539. La cursiva es nuestra. Se añade, en nota adjunta, lo siguiente: «La impresión, vigilada con amor filial y singular acierto por el doctor Carlos del Valle-Inclán y Blanco, recuerda en su estructura y en su ornamentación las ediciones originales de don Ramón, y nada tiene de semejante a esas otras, hoy al uso desdichadamente, que están acabando con el arte de la imprenta y los ojos de los lectores..., si algunos se decidieran a utilizarlas para algo más que para hacer un regalo o llenar el hueco vacío de algún mueble».

10 «Datos biográficos de Ramón del Valle-Inclán». Carlos Luis del Valle-Inclán, en *Los cruzados de la causa* (*La guerra carlista*). Ramón del Valle-Inclán. Madrid, Revista Literaria Novelas y Cuentos, 1941, p. 2. Obsérvese el ansiado propósito del actual marqués de Bradomín por diseñar una imagen fabulosa a partir de la personalidad paterna.

el conocimiento personal del escritor es aprovechado por algunos autores para establecer juicios inciertos. Cuanto más férrea es la vinculación del gallego con el compromiso de la historia, más se le quiere como personaje arbitrario e irracional. Melchor Fernández Almagro participa conscientemente en la falacia.

> La soberbia convertía a Valle-Inclán en un personaje que, literariamente, recreaba su propio caso, haciendo de una supuesta humildad, orgullosa afectación. Del resentimiento apenas si le separaba un paso, y lo dió, cayendo del lado a que se inclinaba de tiempo atrás: Valle-Inclán se adhiere a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética y al Congreso de Defensa de la Cultura, reunido en París, órgano de bolchevización. ¡Tanto pensar en Roma para caer en Moscú!...[11]



Portada de *Nueva Cultura*.

Existen multitud de documentos que dirimen la sincera hermandad de Valle-Inclán con el progresismo hispano de la época. En lo que sigue, nos proponemos exponer la presencia del intelectual gallego en las páginas de la revista valenciana *Nueva Cultura*, órgano de expresión de una parte de la literatura de avanzada republicana[12]. Esta publicación, en la línea de *Postguerra*, *Octubre*, *Nueva España, Leviatán* y *El mono azul*, sirve a las aspiraciones de los artistas del tiempo en la creación de un ámbito cultural democrático. A pesar de la extendida filiación comunista de sus redactores, supuso un espacio abierto a la participación de todos los hombres y las mujeres que coincidían en la causa común del combate contra la amenaza del fascismo en nuestro país a través de la cultura.

> En los cinco años de vida de nuestra redacción (1935-1939), en la dirección central del PCE ni las instancias intermedias censuraron ni una sola vez la actividad de *Nueva Cultura*. Y ahí están los compañeros de la redacción y muchos colaboradores para atestiguarlo. Puedo decir, con todo conocimiento de causa, que *Nueva Cultura* fue una revista libre e independiente en el sentido de que éramos enteramente responsables de lo que decidíamos y hacíamos.

[11] *Vida y literatura de Valle-Inclán*. Melchor Fernández Almagro. Madrid, Editora Nacional, 1943, p. 270. Más allá, la presencia imperecedera de Valle-Inclán se había distinguido en la celebración del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en julio de 1937 (Valencia), como apunta Víctor Fuentes (*op.cit.,* pp. 65 a 66): «En la clausura del Congreso (el salón de sesiones con el tejado medio derrumbado por las bombas italianas y alemanas), Antonio Machado, viejo y enfermo, se yergue sobre el estrado de los oradores, bajo la inscripción de los nombres de Barbusse, Gorki y Valle-Inclán, para leer su discurso sobre la defensa y la difusión de la cultura».

[12] Algunos de estos materiales ya fueron analizados por Juan Antonio Hormigón (1972, pp. 279 a 284), quien no determina la existencia del «Manifiesto de Santiago», que presentamos de inmediato.

> Mas, no faltarán buenas almas para argüir que, en tanto que comunistas, nos «autocensurábamos» y, por ende, para adornar con hermosos pares de comillas nuestro sentido de independencia y de libertad. Naturalmente, estas categorías son siempre relativas y necesitan de ciertas connotaciones para concretarse. El caso era que, dada nuestra ideología —que adoptamos libremente—, nos sentíamos tan independientes y libres como pudieran sentirse los redactores de *Cruz y Raya* con respecto a la suya. Con la diferencia de que nosotros no teníamos ninguna potencia financiera que nos respaldara, ni más «oro de Moscú» que una menguada porción —mientras la revista se consolidaba— de las modestas ganancias de mi modus vivendi en la publicidad burguesa.
>
> Eramos comunistas, y todo el mundo se encontraba entre nosotros «como en su casa»[13].

Como respuesta a la propia naturaleza antifascista, las páginas de *Nueva Cultura* llegan a todos los rincones del país a través de los kioscos. Se difunde en la forma de un instrumento de agitación y propaganda. Desde ese lugar, se desea ignorar los modelos ideológicos de la tradición contemporánea, del fin del siglo a la actualidad, con la intención de dignificar el arte revolucionario. Significativa resulta la consideración de Machado y Valle-Inclán como referentes del pensamiento de avanzada.

> Mas, en aquella marca de iberismo elitista podía discernirse, en las líneas y en las entrelíneas, no sólo el anodino relente de Krause, sino también los fantasmas de Nietsche [sic], Schopenhauer, Max Stirner, y, para estar más al día, las frases siluetas de Scheler, Keyserling, Husserl, Heidegger, entre otros «demócratas», y hasta de Spengler, conocido teórico, como bien sabido nos era, de «nuestra» propia decrepitud de Occidente... De los valores consagrados de la época, sólo se salvaban Antonio Machado y Valle-Inclán[14].

Con ocasión de la muerte del escritor, la redacción de la revista elabora una apresurada nota necrológica que se inserta en la sección «Del tiempo que vivimos»[15]. El texto se inicia tras una entrañable fotografía de Valle-Inclán con Rafael Alberti y María Teresa León en los jardines de la ciudad de Roma, recogida dos años atrás. La instantánea ilustra la profunda amistad del intelectual gallego, director comisionado de la República en la Academia Española de Bellas Artes, y el joven matrimonio, que regresaba de un periplo ruso con motivo del Congreso de Escritores Soviéticos[16]. Estas líneas de despedida parecen ser pronunciadas por todos aquellos que reconocían en él a un maestro literario y cívico.

13 «Notas al margen de *Nueva Cultura*». Josep Renau, en *Nueva Cultura. Información, crítica y orientación intelectual*. Edición facsimilar. Madrid, Turner, 1977, p. XIX. El paréntesis es nuestro. Aunque la revista perduró hasta la caída de la República, la actividad de *Nueva Cultura* se concentró entre enero de 1935 y octubre de 1937, con la edición de veintiún números. Entre los colaboradores que no se hallaban vinculados al Partido Comunista, destacamos la figura de Max Aub, quien no abandonó nunca su ideología socialista.

14 *Ibídem*, p. XXI. Entiéndase en las palabras de Renau la oposición de *Nueva Cultura* al sistema intelectual propugnado por José Ortega y Gasset desde *Revista de Occidente*.

15 «Valle Inclán [sic] ha muerto», en *Nueva Cultura*. Valencia, X, enero de 1936, p. 11.

16 *Vid*. *Rafael Alberti en México* (1935). Robert Marrast. Santander, La Isla de los Ratones, 1984, pp. 15 a 16. En el homenaje póstumo que la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios le dedica el 14 de febrero de 1936 en el Ateneo madrileño, Alberti leerá una semblanza de Antonio Machado sobre don Ramón (*vid*. «Muerte y purgatorio de Valle-Inclán», en *Españoles de dos siglos*. *De Valera a nuestros días*. José Luis Cano. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1974, p. 215).

En uno de los momentos más decisivos para los destinos de España, y, concretamente, para sus intelectuales, ha fallecido don Ramón del Valle Inclán [sic], símbolo de austera conciencia y recto espíritu como hombre y como escritor.

Cuando en la búsqueda de la raíz humana, base del complejo problema de la cultura espiritual, la conciencia y el pensamiento intelectuales hállanse divididos en opuestas vertientes de dos mundos en contradicción. Cuando los mejores cerebros y las más firmes voluntades andan en devaneos angustiosos y se reunen [sic] en magnos concilios para ver cómo salvar al hombre. Cuando las primicias de un humanismo socialista explican y definen este caos, perdimos al ardiente Valle Inclán [sic]. *Nueva Cultura* no puede reivindicar su figura. Su más auténtica reivindicación la constituyen su vida como hombre, integrando un sistema social de convivencia y su obra arraigada profundamente en las entrañas de nuestro pueblo. Los temas de su literatura, identificados en su primera época con el señor feudal y su vida, dejan, sin embargo, entrever el matiz subversivo contra el mismo mundo que pretende cantar equivocadamente. Pero su obra no se pierde en sentimiento aislado hacia los «don Juan Manuel», héroes excelsamente elevados y ennoblecidos por la cruda fuerza y acción que pone en ellos. Nos da, como bruma envolvente, espesa y mugrienta, su mundo hórrido de terror y lleno de injusticias[17].

En su tesis, la voz de la revista coincide con los argumentos de Francisco Pina, quien señalaba que «Valle-Inclán es uno de esos escritores que al pasar la cincuentena, cuando empieza a considerárseles agotados o víctimas de un estancamiento mortal, se rejuvenecen de pronto, dan muestras de un brío y de una audacia sorprendentes, producen obras llenas de lozanía y retornan, en fin, a una segunda juventud»[18]. Es el paradigma del hombre nuevo, del artista revolucionario. Se confirma que la admiración por su persona traspasa las fronteras europeas: al saludo fraternal de Gorki y de los escritores soviéticos se une también la mención de una prestigiosa edición de *Luces de bohemia*[19].

La vibración de epopeya que emerge allí, no puede borrar lo obscuro y tétrico del alma feudal. Por esta causa, el ámbito medieval, con sus tristísimos cortejos de ciegos y brujas, locos y celestinas, rameras y violadores, choca definitivamente con la real evolución humana del hombre inquieto y noble que va aceptando, uno a uno, todos los hechos que pueblan dialécticamente sus horas de transición. Acepta ahora la antítesis de lo anterior: la masa, el pueblo luchador. Sin pensar en las consecuencias que pueda traerle la nueva verdad descubierta: La Revolución. Claro que la revolución apasionada y acientífica como él. Porque su sentido de la nueva vida que retoña está arrebatado de rebeldía. Su antiguo mundo señorial se volvía contra todo impulso existente renovador de vida, y en su tránsito definitivo ama al obrero, al campesino y al hombre, condenados a la esterilidad de un destino fascista. Nadie podría vislumbrar serena claridad en las páginas de sus libros. Todo es obscuro y tenebroso como el mundo prerenacentista, todavía organizado en el ruralismo español y pegado a los recodos de la democracia.

[17] *Nueva Cultura*, X, p. 11.

[18] *Escritores y pueblo*. Valencia, Cuadernos de Cultura, 1930, p. 29.

[19] En esa época, la *Bibliografía general de Ramón del Valle-Inclán* de Javier Serrano y Amparo de Juan (Santiago de Compostela, Universidade de Santiago, 1995) únicamente recoge la traducción al ruso del *Tirano Banderas* de T.A. Glikman (1931).

VALLE INCLAN HA MUERTO

Rafael Alberti y María Teresa León, de vuelta del Congreso de Escritores Soviéticos visitaron a Valle Inclán en Roma, para comunicarle el saludo y testimonio de admiración de los escritores soviéticos y su invitación a que visitase la U. R. S. S., cosa que no pudo realizar Valle Inclán a causa de su salud

Nueva Cultura, enero 1936.

De la generación del noventa y ocho, cuyos hombres se olvidaron hace tiempo de su liberalismo, emerge con perfiles severos la figura de don Ramón. Al término de su vida, casi heroica, alejado de sus coetáneos que no quisieron aceptar la realidad, no como idea sino como existencia viva en su torno, al margen de su interpretación política, agotado ya, pero con fiebre interior por la liberación del hombre, se adhiere al Congreso de Defensa de la Cultura, celebrado en París. Su vitalidad no se extingue, y su literatura entusiasma al proletariado soviético, que agota rápidamente la edición rusa de *Luces de bohemia*. Espectador nervioso del bullir y rodar de los sucesos que conmueven al mundo, aboga por Thaelmann[20]. La U.R.S.S. esperaba su visita emocionada. Redactor de Monde y presidente honorario de los Amigos de la Unión Soviética. Acusa con su extraordinaria razón a los acicalados verdugos de Octubre y ataca con rudeza al fascismo ante jaurías de falangistas. El Congreso de Escritores Soviéticos le había mandado saludos. Fué insobornable. No cedió ni un paso y su peso específico se ha impuesto a pesar de los pesares como escritor revolucionario. Valle Inclán [sic] ha estado siempre con nosotros, pues hay muchos modos de encontrarse en la misma palestra de lucha. Nuestra mejor elegía será una conducta antifascista[21].

En el mismo número de 1936, residen otras revelaciones de la personalidad valleinclaniana, cercano el trance de la muerte. El corresponsal de la revista en Galicia, Jesús Parrado, es el autor de la crónica «Desde Santiago de Compostela», inscrita en la columna «Cartas a Nueva Cultura». En el relato de las últimas sema-

[20] *Vid*. nota 2.

[21] *Nueva Cultura,* X, p. 11. En un párrafo adjunto, se lee: «Paralizada la impresión de este número por la noticia de la muerte de Valle Inclán [sic], sirva esta nota, breve registro del suceso, como anuncio de otros trabajos sobre el escritor antifascista que publicaremos en otros números próximos, dándole la importancia que merece su obra». Obligada por la inmediata oposición al levantamiento militar y el apoyo intelectual a la República, la redacción de *Nueva Cultura* no podrá acometer aquel cumplido.

nas del maestro, el periodista busca, en sendas visitas, sus impresiones sobre la actualidad política y toma contacto con Carlos del Valle-Inclán, que secunda en aquellos momentos el activismo y el compromiso paternos con la firma del «Manifiesto de Santiago», auténtica proclama contra la barbarie que representaba el fascismo.

> Hace más de un mes que fuí con vuestro encargo a visitar a Valle Inclán [sic], pero no pude verlo por el estado de gravedad en que se hallaba. Sospeché un retroceso en su mal y por mi consciencia pasó la sensación fría de lo irremediable. Buscaba en esta visita su firma a la adhesión colectiva que os adjunto. En su nombre firmó su hijo Carlos, único miembro de la familia que le acompañó en sus últimas horas. Me refirió éste las impresiones favorables de su padre para nuestro movimiento y para la revista y que su propósito era el escribiros personalmente en forma de un sincero saludo de adhesión a los componentes de Nueva Cultura.
>
> Todo esto, para su mejor garantía, lo relaciono con una visita anterior que le hice personalmente en el sanatorio. Ya entonces eché de menos aquella su prestancia gallarda, enfundado en su levita o gabán —jamás pude precisar lo que era— con su manga hueca metida en el bolsillo, paseando por nuestras rúas. Estaba ya demasiado flaco, de un color amarillo muy subido, y se quejaba de fuertes dolores.
>
> Le hablé de vosotros, de vuestros propósitos. Le invité en vuestro nombre a inaugurar el curso de conferencias que anunciabais en Valencia, y Valle sintió mucho no poder ir a visitaros y dar la conferencia, a causa del estado de su salud. Mientras Valle Inclán [sic] leía vuestra carta de salutación, me puse a «auscultar» su figura grave; su genial cabeza de melenas largas y grises, su venerable rostro confundido entre las luengas barbas que le llegaban hasta el pecho. Me figuré a Valle Inclán [sic] como la figura rediviva del Quijote[22], que, cansado de errabundear, doblegándose a la fatiga, a la enfermedad y a los años, y como obedeciendo a una llamada suprema e imperativa de su vieja hidalguía hispana, estaba allí para hacer entrega de todo su exponente espiritual, de toda su personalidad romántica y humana. Cuando creí encontrarle rejuvenecido, después de sus últimas actitudes políticas, lo encuentro deshecho y próximo a «irse». «He aquí una fortaleza que se viene a tierra», pensé.[23]

Poco a poco, las impresiones de la conversación con el gacetillero demuestran la filiación de Valle-Inclán con el antimilitarismo y el antifascismo, respuestas decididas ante los peligros que se intuían en el preámbulo del levantamiento militar nacional y en el inmediato horizonte de la guerra mundial. La toma de partido del escritor emparenta con el refrendo de otros intelectuales extranjeros a la ideología internacionalista que recorría Europa en la época.

> No tuve tiempo de seguir meditando. Con voz demasiado aguda y fina, me habló de la revista. La conocía ya, y, por cierto, le gustaba mucho, haciendo resaltar las páginas «Testigos negros de nuestros tiempos», del número extraordinario de octubre, que tanto le entusiasmó. Habló, también, de otras publicaciones, las cuales fue criticando con fina ironía, calificándolas de «pura virguería» (sic)[24]. Con gran admiración

[22] Evocaba José Carlos Mariátegui lo siguiente sobre el escritor («Últimas aventuras de la vida de don Ramón del Valle Inclán [sic]», en *El artista y la época*. Lima, 1959, p. 132): «En 1920, estaba hasta la médula con la revolución rusa, con Lenin, con Trotsky, con todos los grandes donquijotes de la época».

[23] *Nueva Cultura,* X, p. 14.

[24] Anotación de Jesús Parrado.

me habló de Barbusse, de Gide, Erhemburg, de Sender, de Gorki y de tantos exponentes de las «nuevas formas de cultura». Sentía la imperiosa necesidad de hacer un viaje a la Unión Soviética.

¡Con qué énfasis llamó a la guerra por su nombre: «¡cochina!», repitiendo las mismas palabras de aquel soldado que peleaba en tierras de Flandes y Picardía y que tan admirablemente ha recogido en el libro *Media noche-Visión estelar de un momento de guerra* [sic]![25]

Con una consonancia espiritual igual a la del ilustre autor de *El Fuego*, Valle Inclán [sic] empieza a afirmar sus principios en su libro de guerra y que años más tarde le conduciría a la diferenciación de clase[26]. Valle Inclán [sic], en las postrimerías de su vida, se dió clara cuenta de esa radicalización y con embeleso frenético proclamó las esencias maravillosas del nuevo Estado por el derrocamiento del fascismo y de la guerra[27].

Los siguientes párrafos son importantes en la determinación de la actitud política de Carlos del Valle-Inclán hacia 1936. Como afirma Juan Antonio Hormigón[28], el juicio de una incumplida militancia comunista de don Ramón parece arriesgado, aunque se coloque al lado de la probada admiración del escritor por la literatura rusa y por el proceso revolucionario soviético. Sin embargo, resulta más palmaria la afiliación del hijo mayor a las Juventudes Comunistas, tal como revela su rúbrica en el «Manifiesto de Santiago», declaración antifascista gallega que incluye a varios hombres que dieron la vida en la defensa del ideal republicano. La adhesión de Carlos al movimiento popular queda lejos, así, de la ulterior convivencia con el régimen de la España franquista.

Próxima su muerte y percatándose de que se «iba», sobresaltado y nervioso dijo que «de la única cosa que marchaba sentido, era el no haber sido posible militar en el Partido Comunista, y no había ido a Rusia a visitar el país de los trabajadores y estrechar la mano a Máximo Gorki». Murió recordándole a su hijo Carlos (militante de la Juventud Comunista y estudiante en esta Universidad), las siguientes frases de uno de sus libros: «Deseo que se cierre el paso a todo cura ambicioso, al fraile humilde y al jesuíta astuto, pues no son tiempos de hacer conversiones, toda vez que éstas no valen más que un tres por ciento».

Todo esto que os comunico ha salido de boca de una persona que le acompañaba en aquellos tristes momentos, persona que más tarde, a pesar de haber oído de labios de Valle Inclán [sic] confesión tan terminante, y voluntad postrera de que su

25 «Los caballos alargan el cuello sacudiendo las orejas bajo la lluvia. En la oscuridad, los hombres y las bestias con su halo de niebla, tienen una lentitud incorpórea. No puede distinguirse quien habla, y las voces están llenas de vaguedad, como si viniesen de muy lejos: ¡Cochino tiempo y cochina guerra! ¡Cuándo acabará esto!» (*La media noche*. Ramón del Valle-Inclán. Madrid, Espasa Calpe, 1995, p. 197).

26 El corresponsal relaciona, de esta manera, la creación de *La media noche* valleinclaniana con *Le feu* (1916), novela antimilitarista del francés Henri Barbusse. La materia experiencial de ambos escritores parte de las jornadas en la Gran Guerra, que había devastado a los pueblos europeos.

27 *Nueva Cultura*, X, p. 14.

28 «Sinceramente me extraña esta adscripción política de Valle, pues no responde a sus características personales y parece incrustada a tornillo por Parrado con afán propagandístico. Digo esto porque aunque estoy convencido que Valle-Inclán estaba de acuerdo con el programa del frente popular, hacía de la política la expresión ética de su independencia. Se alzaba rabiosamente contra la injusticia, la arbitrariedad, los privilegios de clase y casta, la corrupción, las diferencias sociales... y tantas otras cosas. Todo ello lo convertía en actitud vital, que era también postura política, porque todas las actitudes del hombre que vive en sociedad son políticas, pero por ello no podía cristalizar su adscripción a un partido, aunque coincidiese con la postura de algunos partidos» (Juan Antonio Hormigón, 1972, pp. 279 a 280). *Vid*. también la nota 4.

CARTAS A "NUEVA CULTURA"

DESDE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Hace más de un mes que fuí con vuestro encargo a visitar a Valle Inclán, pero no pude verlo por el estado de gravedad en que se hallaba. Sospeché un retroceso en su mal y por mi consciencia pasó la sensación fría de lo irremediable. Buscaba en esta visita su firma a la adhesión colectiva que se adjunta (1). En su nombre firmó su hijo Carlos, único miembro de la familia que le acompañó en sus últimas horas. Me refirió éste las impresiones favorables de su padre para nuestro movimiento y para la revista y que su propósito era el escribirlos personalmente en forma de un sincero saludo de adhesión a los componentes de NUEVA CULTURA.

Todo esto, para su mejor garantía, lo relaciono con una visita anterior que le hice personalmente en el sanatorio. Ya entonces eché de menos aquella su prestancia gallarda, enfundado en su levita o gabán —jamás pude precisar lo que era— con su manga hueca metida en el bolsillo, paseando por nuestras rúas. Estaba ya demasiado flaco, de un color amarillo muy subido, y se quejaba de fuertes dolores.

Le hablé de vosotros, de vuestros propósitos. Le invité en vuestro nombre a inaugurar el curso de conferencias que anunciabais en Valencia, y Valle sintió mucho no poder ir a visitaros y dar la conferencia, a causa del estado de su salud. Mientras Valle Inclán leía vuestra carta de salutación, me puse a escrutar su figura grave; su genial cabeza de melenas largas y grises, su venerable rostro confundido entre las luengas barbas que le llegaban hasta el pecho. Me figuré a Valle Inclán como la figura rediviva del Quijote, que, cansado de errabundear, doblegándose a la fatiga, a la enfermedad y a los años y como obedeciendo a una llamada suprema e imperativa de su vieja hidalguía hispana, estaba allí para hacer entrega de todo su exponente espiritual, de toda su personalidad romántica y humana. Cuando creí encontrarle rejuvenecido, después de sus últimas actitudes políticas, lo encuentro deshecho y próximo a airse. «He aquí una fortaleza que se viene a tierra», pensé.

No tuve tiempo de seguir meditando. Con voz demasiado aguda y fina, me habló de la revista. La conocía ya, y, por cierto, le gustaba mucho, haciendo resaltar las páginas «Testigos negros de nuestros tiempos», del número extraordinario de octubre, que tanto le entusiasmó. Habló, también, de otras publicaciones, las cuales fué criticando con fina ironía, calificándolas de agua ... (sic). Con gran admiración me habló de Barbusse, de Gide, Ehrenburg, de Sender, de Gorki y de tantos otros exponentes de las nuevas formas de culturas. Sentía la imperiosa e invencible necesidad de hacer un viaje por la Unión Soviética.

¡Con qué énfasis llamó a la guerra por su nombre: «¡cochina!», repitiendo las mismas palabras de aquel soldado que peleaba en tierras de Flandes y Picardía y que tan admirablemente ha recogido en el libro: «Media noche — ¡Visión estelar de un momento de guerra»!

Con una consonancia espiritual igual a la del ilustre autor de El Fuego, Valle Inclán empieza a afirmar sus principios en su libro de guerra y que años más tarde le conduciría a la diferenciación de clase. Valle Inclán, en las postrimerías de su vida, se dió clara cuenta de esa radicalización y con embeleso frenético proclamó las excelencias maravillosas del nuevo Estado por el derrocamiento del fascismo y de la guerra.

Próxima su muerte y percatándose de que se aleja, sobresaltado y nervioso dijo que era la única cosa que marchaba sentida era el no haber sido posible militar en el Partido Comunista, y no haber ido a Rusia a visitar el país de los trabajadores y estrechar la mano a Máximo Gorki. Murió recordándole a su hijo Carlos (militante de la Juventud Comunista y estudiante en esta Universidad), las siguientes frases de uno de sus libros: «Deseo que se cierre el paso a todo cura ambicioso, al fraile humilde y al jesuita astuto, pues no son tiempos de hacer "concesiones", toda vez que éstas no valen más que un tres por ciento.»

Todo esto que os comunico, ha salido de boca de una persona que le acompañaba en aquellos tristes momentos, persona que más tarde, a pesar de haber oído de labios de Valle Inclán confesión tan terminante, y voluntad postrera de que su entierro fuese civil y precisamente en el cementerio de Boijura, boicoteado por las derechas locales, no tuvo inconveniente alguno de golpear, a hurtadillas, un escrito al cuello del difunto, traicionando su última voluntad.

El entierro fué inmenso en gentío; hubiera sido más, pero una lluvia y aire huracanado no permitieron que la concurrencia de todo el pueblo, especialmente de los trabajadores, fuese lo que debiera ser. No obstante, fué mucha la gente que asistió. Por orden expresa del difunto, no se admitieron coronas ni otras ostentaciones de pesar, no obstante los partidos obreros, republicanos de izquierda y galleguistas mandaron colectivamente un ramo; también el P. C. mandó otro ramo y a última hora se recibió de Madrid una gran corona del Ateneo del que era socio y Presidente de Honor. Si no hubiese tan mal tiempo, y hubiese habido una gran manifestación popular hacia el hombre que en España encarnaba la lucha intelectual contra el fascismo y la guerra, al hombre que era Presidente de honor de los Comités de Ayuda, etc.

¡Lástima de fortaleza que perdemos!

J. PARRADO

Compostela, enero 1936.

(1) Que se publicará en el próximo número.

14

entierro fuese civil y precisamente en el cementerio de Boisaca [sic], boicoteado por las derechas locales, no tuvo inconveniente alguno de golpear, a hurtadillas, un escrito al cuello del difunto, traicionando su última voluntad.

El entierro fué inmenso en gentío; hubiera sido más, pero una lluvia y aire huracanado no permitieron que la concurrencia de todo el pueblo, especialmente de los trabajadores, fuese lo que debiera ser. No obstante, fué mucha la gente que asistió. Por orden expresa del difunto, no se admitieron coronas ni otras ostentaciones de pesar, no obstante los partidos obreros, republicanos de izquierda y galleguistas mandaron colectivamente un ramo; también el P.C. mandó otro ramo y a última hora se recibió de Madrid una gran corona del Ateneo del que era socio y Presidente de Honor. Si no hubiese tan mal tiempo, y hubiese habido una gran manifestación popular hacia el hombre que en España encarnaba la lucha intelectual contra el fascismo y la guerra, al hombre que era Presidente de honor de los Comités de Ayuda, etc.

¡Lástima de fortaleza que perdemos![29]

Alguna de estas claves se corroboran en la biografía que, desde el exilio argentino, escribe el periodista catalán Francisco Madrid[30]. Aquí encontramos argumentos que confirman lo referido por el periodista de *Nueva Cultura* y que ratifican un hecho preciso que incorpora la lectura del manifiesto progresista.

> Don Ramón se dispone a dar sus últimas órdenes. Quienes le rodean retienen en la memoria los deseos del enfermo:
>
> —Quiero despojar al acto de mi muerte de toda sombra de ceremonia... Que no se publiquen esquelas... Que el entierro sea civil...
>
> Y repite, en varias ocasiones:
>
> —Que el entierro sea civil...
>
> En otra noche angustiada solicita:
>
> —Que se deposite mi cuerpo en un féretro modesto y que en ningún momento haya ostentación en las exequias.

———

29 *Nueva Cultura,* X, p. 14.

30 *La vida altiva de Valle-Inclán*. Buenos Aires, Poseidón, 1943.

Pasan las jornadas. Don Ramón retiene a su lado a los muchachos apasionados que han encendido las llamas del nuevo galleguismo. Por Santiago Girón, por Arturo Cuadrado, por el pintor Maside, por el escultor Asorey, por amigos de otros tiempos como Fernando Barros Pumariño, Andrés Díaz del Rábago y otros más, se conocen las alternativas graves del agonista. En varias tardes dicta un largo testamento político y literario cuyo contenido se ignora aún...[31] Y sigue el relato de *El trueno dorado* como si no quisiera morir sin ponerle punto final al folletín cortesano (...).

A las dos de la tarde del domingo día 5 de enero de 1936, mientras las campanas de Santiago dan los dos aldabonazos al tiempo, don Ramón cierra los ojos para siempre, en los brazos de su hijo Carlos... Le rodean los fieles amigos citados y los médicos Villar Iglesias y García Sabel [sic]. Los muchachos que le acompañaron en sus últimos meses de refugio gallego están presentes[32].

Junto a los testimoniales folios de *El trueno dorado*, el escritor tiene tiempo de refrendar la lucha de los hombres nuevos gallegos unos días antes de su despedida. Ramón del Valle-Inclán sanciona, a través del primogénito, el citado «Manifiesto de Santiago», reproducido por la revista valenciana en marzo de 1936. Bien supo el vilanovés que la labor del artista no pasaba por el esfuerzo en las cátedras o en las academias, sino por el respaldo a la voluntad universal del pueblo, simbolizada en el llamamiento por una heterogeneidad de profesiones y orígenes (de obreros a abogados).

Estimados camaradas:

Todos los firmantes, somos lectores de *Nueva Cultura*. Todos nosotros, conocemos perfectamente el desenvolvimiento sistemático que hacéis desde sus columnas por la civilización y la cultura, «por la creación de nuevas formas de vida». También nosotros estamos por esas «nuevas formas de vida» a las que nos sentimos estrechamente ligados. Por eso, no dudamos en ponernos al servicio del movimiento intelectual proletario y confiamos que nuestro pequeño refuerzo, en pro de la organización de una nueva cultura, arte y técnica proletaria, sea eficiente e imitado por todos los escritores, artistas y obreros españoles.

Expresamos nuestra amistosa adhesión a *Nueva Cultura* y testimoniamos nuestra sincera felicitación por el gran acierto en dirigir la lucha por la organización de una nueva vida (donde se desarrolle un arte y un nivel cultural general, donde haya libertad de espíritu y Humanidad), manifestandoos [sic] que vuestros sentimientos son los nuestros y que estamos con la voluntad de las masas trabajadoras para impedir la guerra y el fascismo [sic].

Nuestras plumas o puños airados, estarán junto a los vuestros para detener su paso: ¡Odiamos estas plagas sociales! Sí, digámoslo en alto: ¡Somos antifascistas!

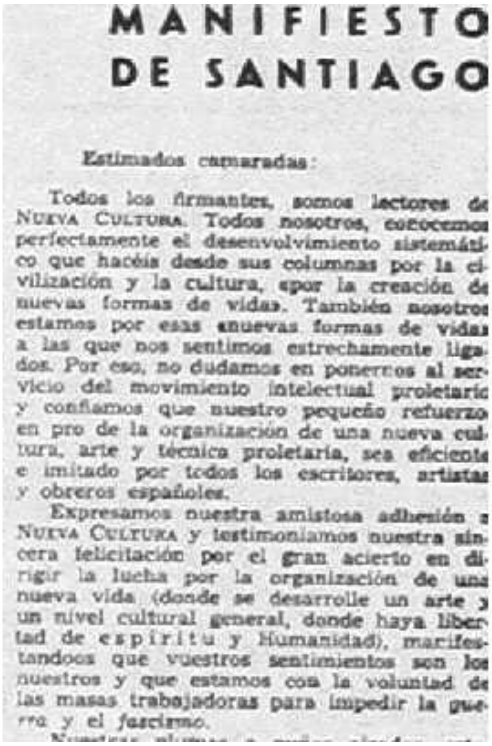
Santiago, diciembre 1935[33].

Hemos de precisar un detalle revelador entre los firmantes del manifiesto. Destacan figuras vinculadas al círculo valleinclaniano, caso del propio Carlos del Valle y de los periodistas Arturo Cuadrado y Jesús Parrado, pero también militantes republicanos comunes. Entre ellos, distin-

[31] Cabe preguntar todavía hoy a los herederos de Valle-Inclán por el destino de este significativo texto, seguro trasunto de los valores progresistas del intelectual.

[32] Francisco Madrid, *op.cit*., pp. 88 a 91.

[33] *Nueva Cultura,* XI, p. 21. La influencia de lo valleinclaniano está presente en el mismo número: Eusebio García Luengo titula una breve pieza teatral de asunto antimilitarista como *Conato y fracaso de un esperpento* (ibídem, p. 15).



MANIFIESTO
DE SANTIAGO

Estimados camaradas:

Todos los firmantes, somos lectores de NUEVA CULTURA. Todos nosotros, conocemos perfectamente el desenvolvimiento sistemático que hacéis desde sus columnas por la civilización y la cultura, «por la creación de nuevas formas de vida». También nosotros estamos por esas «nuevas formas de vida» a las que nos sentimos estrechamente ligados. Por eso, no dudamos en ponernos al servicio del movimiento intelectual proletario y confiamos que nuestro pequeño refuerzo en pro de la organización de una nueva cultura, arte y técnica proletaria, sea eficiente e imitado por todos los escritores, artistas y obreros españoles.

Expresamos nuestra amistosa adhesión a NUEVA CULTURA y testimoniamos nuestra sincera felicitación por el gran acierto en dirigir la lucha por la organización de una nueva vida (donde se desarrolle un arte y un nivel cultural general, donde haya libertad de esp íritu y Humanidad), manifestándoos que vuestros sentimientos son los nuestros y que estamos con la voluntad de las masas trabajadoras para impedir la guerra y el fascismo.

guimos a Modesto Pazín [sic], un «empleado» compostelano, reconocible como el joven que fue fusilado por las tropas fascistas a causa de su justa participación en el sepelio de Valle-Inclán.

> Entre los muchachos que presencian el entierro hay un obrero que advierte en el ataúd un lignum crucis, del cual nadie se había dado cuenta hasta ahora. En el instante mismo en que comienzan a descender el féretro, el muchacho, a horcajadas entre las dos orillas de la trinchera, hace fuerzas para arrancar la cruz y para que se cumpla el deseo póstumo de don Ramón («¡Que mi entierro sea civil!...»). Nadie puede contener al jovenzuelo (...).
>
> No todos los presentes celebran el gesto del obrero.
>
> —¿Qué importaba que fuese enterrado con la cruz?
>
> —Sí, pero había que cumplir los deseos del difunto...
>
> —¿No vieron antes el crucifijo?
>
> —El día estaba tan obscuro que nadie pudo advertirlo...
>
> Uno de tantos leones pregunta a unos y a otros:
>
> —¿Y quién es ese muchacho?
>
> —Es un dorador de imágenes...
>
> —Familiarizado con las cosas santas debía estar para no tenerles respeto...
>
> —¿Y cómo se llama?
>
> —Se llama Modesto Pasín...
>
> —¡Ah, ah! Modesto Pasín... Modesto Pasín...

La noche y la lluvia disuelven la comitiva lúgubre al llegar a Santiago.

Pasan los meses. España convulsa. Elecciones. Triunfa el Frente Popular. Azaña es presidente de la República. Ruiz Funes, ministro de Agricultura, reparte las tierras a los campesinos realizando vigorosamente la Reforma Agraria. «Que os dé de comer la República», clamaban los caballeros feudales en los años de 1931 a 1933... Ahora lo está haciendo. Cataluña recupera el Estatuto. Galicia, vota su autonomía. Rasga la evolución política una noticia: rebelión en África, rebelión en España. Llega el día 18 de julio. En unas zonas del país domina el Gobierno; en otras, los rebeldes... Galicia es sometida. El alcahuete que preguntó el nombre del dorador de imágenes que había arrancado la cruz del ataúd de don Ramón no ha olvidado un nombre. Y Modesto Pasín es el primer fusilado en Santiago de Compostela. En el mismo cementerio y con el puño en alto pierde la vida. Desde aquel momento le seguirá entre gritos y ayes el mocerío gallego de alma liberal.

Los triunfadores se niegan a enterrar en el cementerio de Boisaca porque fué inaugurado por los republicanos. «¡Aquello no es tierra sagrada!» Se reabren las puertas del viejo Camposanto. El de Boisaca sirve para los fusilamientos que se harán bajo el orvallar sereno de los años que siguen... Sobre los grandes cementerios de Galicia

no hay luna. Don Ramón tiene la compañía de los fusilados. A él, le hubiera gustado morir así.

Todas las noches ante el paredón negruzco del cementerio se dibujan las siluetas de quienes van a dar su vida, a veces sin saberlo, por un mundo mejor que ha de venir. Mueren muchachos que dan vivas a Galicia o que lloran pidiendo clemencia; mueren vírgenes que escupen al pelotón de fusilamiento y madres que levantan la vista al cielo oscuro sintiendo nacer la duda de una justicia divina en el mismo instante en que han de morir... Hombres que trabajaron toda la vida cumplidamente y cuyo único delito ha sido el de defender una idea de mejoramiento social, y viejos que insultaron a quienes no tenían piedad...

Las descargas continuas son también salvas de honor a los miles de héroes anónimos que sembraron las estrellas futuras.

Los cuatro cipreses enhiestos de don Ramón presentan armas[34].

Desde el silencio del descanso compostelano, Ramón del Valle-Inclán sigue clamando contra toda la injusticia de Galicia, del mundo. Démonos por satisfechos si logramos conferir algo más de luz al puntal de avanzada que constituyó su propia vida. El compromiso con la España libre le acompañó hasta el lecho fúnebre, como hemos podido comprobar. Es legítimo, pues, que nuestra tarea esté más próxima a la del muchacho que arrancó el icono sacro que a la de la servidumbre caciquil que pervirtió la personalidad valleinclaniana en la larga noche del franquismo. No encontramos mejor homenaje a la memoria del gran escritor.

[34] Francisco Madrid, *op.cit.*, pp. 94 a 96.

Premio Internacional de Composición

CANTATA

"TORRE DE HÉRCULES"

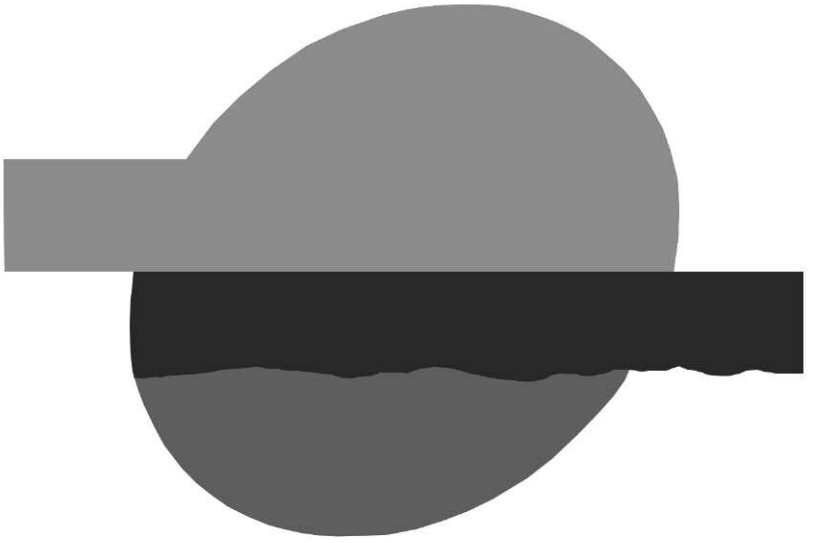
Admisión de originales: 31 de octubre de 2003.
Duración: hasta 40 minutos.
Premio: 12.000 €
Bases e información: Departamento de Cultura.
Diputación de A Coruña.
Avda. Alférez Provisional, s/n. - 15006 A Coruña.
tlf.: 981 18 33 19
www.dicoruna.es

Torre de Hércules, Patrimonio de la Humanidad.

DIPUTACION DE A CORUÑA

CONCELLO DE VILANOVA DE AROUSA

REPSOL YPF



Amigos

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

Revista de Estudos Valleinclanianos e Históricos